

Ciertamente que M. Ozam era un gran médico, pero no podía lisonjarse de haber hecho aquella cura milagrosa, cura que era debida á un médico mucho mas hábil que él: á un médico que se llama «el Amor.»

La Pippione se habria visto bien apurada si hubiese tratado de darse cuenta de las sensaciones que experimentaba; mas aun, si hubiese tenido que analizarlas. Su espíritu era todavía el de un niño, pero su corazón era ya el de una mujer.

¡Oh! ¡qué hora tan encantadora es aquella en que el boton de la rosa se va á abrir; el momento en que la oruga va á transformarse en mariposa, ó en que la larva encerrada en la prision oscura del capullo siente nacerle las alas; aquel momento en que, toda turbada, niña todavía, la virgen siente por primera vez en el fondo de su corazón las dulces emociones del amor que le eran desconocidas!

Imaginaos una noche sombría, una noche eterna, aquella noche terrible que precedió al alba primera.

¿Con qué mirada atónita no debió contemplar el hombre, si es que entonces existía ya, aquel fuego desconocido que se encendía en el horizonte?

Los primeros rayos debieron sin duda lastimar sus ojos de nictálope, y debió tener miedo en un principio; pero á medida que su vista se iba acostumbrando á los resplandores, sentía penetrar en su alma el gozo inmenso de la luz.

Y á medida que el astro luminoso iba escalando los cielos, y triunfando con su gloriosa carrera de los horrores de la oscuridad y de la noche, el hombre doblaba sus rodillas; y cuando, llegando al punto mas elevado de su zénit, no dejó ya ningun refugio á la sombra, su mortal enemiga, el hombre entonces, prosternando su frente contra el suelo, lo adoró.

¿Os ha sucedido alguna vez el que hallándoos por la tarde, á la hora del crepúsculo, apoyado de codos en vuestra ventana con el corazón afligido, el espíritu abrumado, hayais llegado á percibir entre los confusos ruidos de la noche el sonido de alguna música lejana?

Que esta música sea alegre ó triste, poco importa; pero tened por cierto que cualquiera que sea su carácter, ella se transformará en alegre ó triste, segun las disposiciones en que vuestra alma se halle.

Y entonces, en el cielo encapotado, las nubes tomarán formas mas vagas, y os parecerá ver flotar en medio de ellas las fantasmas de vuestras desvanecidas ilusiones, y de vuestras perdidas esperanzas.

Pero la música se acerca poco á poco, al mismo tiempo que el cielo se oscurecía aun mas, y la vida real reemplaza la ilusoria: aquella música era la de un regimiento en marcha, ó la de los vendimiadores que volvían del campo, ó tal vez la de un simple organillo berberisco que repetía sin cesar el aire de «O mi Fernando» ó el del «Pié que se mueve.»

Pues lo mismo sucede con el amor. El mas encantador de todos es el primer amor, aquel que no ha llegado nunca á tomar cuerpo, á realizarse.

Menos apto que la pasión para llevar á cabo grandes cosas, deja en el alma un perfume suave y ligero, como el olor de la violeta ó del jazmin.

Algunos prefieren las brillantes y resplandores de un sol de mediodía; yo, por mi parte, confieso mi débil, me gustan mas los adorables fulgores del alba.

El alba indecisa, vaga y encantadora, que precede á la salida del sol, es decir, esas sensaciones tiernas, vagas é indefinibles, que preceden al amor en el corazón de una jóven de diez y seis años.

XXVI

LA SOLEDAD ES BUENA CONSEJERA.

Chinela habia vuelto á quedarse solo en el cuarto que le servía de prision, y ya no le parecia ahora tan fácil la ejecución de su plan como se lo habia figurado al principio.

En vez de andar con rodeos, sus adversarios se habian dirigido desde luego y con osadía al objeto principal, y esta maniobra atrevida habia desconcertado su habilidad italiana.

No le habia sido posible decir dos frases siquiera de aquella relación histórica que él habia forjado en su imaginación, y José le habia interrumpido bruscamente desde las primeras palabras.

No se queria saber de él mas que una sola cosa: un nombre.

Y ahora le pesaba amargamente el haber dado á entender que él sabia ese nombre.

Al confesar, aunque tarde, que él no sabia ese nombre, arriesgaba descontentar á sus extraños raptos, y las últimas palabras de José contenian una amenaza que no dejaba de causarle alguna inquietud.

Aun cuando habia afirmado con el mayor desearo que él no temía á la justicia, no hubiera querido en manera alguna que hubiese venido á informarse de su vida privada, y sacase á relucir la historia antigua de Thomaso y de la Monna.

Le quedaba todavía un vislumbre de esperanza, el de que sus carceleros ignorasen historia semejante.

En suma, no parecia que le querian hacer mal, porque á muy luego de haber salido del cuarto José y madama Lamouroux, volvió á abrirse la puerta, y entró nuestro amigo Jacquemin con un canastillo cubierto.

Esta cestita contenía dos ó tres platos de una apariencia y de un olor muy aperitivos y agradables, y por encima de la tapadera asomaban sus cuellos unos frascos de un aspecto no menos excitante.

Jacquemin dispuso gravemente los cubiertos sobre un velador, y cuando concluyó sus preparativos, exclamó:

— Vamos, Chinela, á la mesa.

Chinela se estremeció al oír el sonido de aquella voz que le era conocida, y alzando la vista con viveza, exclamó á su vez:

— ¡Cómo! ¿eres tú, Luis Tuerce-Tripas?... ¿por qué casualidad?...

— Comamos primero, que luego nos haremos nuestras confianzas. Por el pronto bástete el saber que yo estoy encargado buenamente de custodiarte, con el único objeto de que no trates de privarnos de tu compañía. Pero ya ves que no me porto mal: yo mismo he recomendado á la cocinera que nos preparase algo bueno, y he bajado al sótano á escoger esos frasquillos en los buenos rincones.

Y hablando así, Luis se habia sentado sin cumplidos, habia destapado los platos y llenado el de Chinela, sin olvidar el suyo.

Despues empezó á comer con buen apetito, mientras que Chinela le miraba al soslayo con socarronería.

— Parece que tienes vara alta en esta casa, le dijo al fin el titiritero.

— Así, así, le respondió Luis echándole un trago. Lo diario, como ves, no es malo.

— ¿Y el trabajo?

— No muy pesado.

— ¿Y cómo has encontrado tan buen acomodo?

— Poco mas ó menos como tú. Los amos son unas gentes muy originales; se ocultan para hacer bien, así como otros se ocultarian para obrar mal. Una manía.

— Si me quieren hacer bien, gruñó Chinela, podrian servirse de otros medios.

Jacquemin no juzgó oportuno contestar á esta observación: llenó los dos vasos, y chocando el suyo contra el de Chinela:

— A tu salud, amigo, exclamó.

— ¿Y qué bien me quieren hacer? volvió á preguntar Chinela.

— ¡Diantre! yo no sé: lo que hay de cierto, es que en este mismo momento se están ocupando de tí; porque yo he oído á M. José, al tiempo de subir al coche, que decía al cochero: «A la embajada de Nápoles.»

Chinela se puso lívido.

— ¿Qué tienes? le preguntó sencillamente Jacquemin: se diría que te se ha atravesado alguna espina en el gaznate.

— ¿Has oído bien que decía: «A la embajada de Nápoles»? preguntó Chinela.

— Perfectamente, dijo Luis.

Y luego añadió con aire indiferente:

— Será sin duda para tener algunos informes acerca de tí. Lo mismo han hecho conmigo en otro tiempo.

Pero dejemos eso á un lado; yo no sé nada mas acerca del particular; esos son negocios que á mí nada me importan. Bebamos de lo fresco, este burdeos es excelente, ¿qué te parece?

Chinela no le respondía; con la cabeza inclinada hasta tocar con la nariz en su plato, estaba reflexionando profundamente.

Luis, sonriéndose por lo bajo, se decía:

— El golpe ha sido bueno, le ha herido en lo vivo; ¿qué diablos de fechoría puede haber hecho en Nápoles este canalla?

— Por lo visto, añadió en voz alta, tú parece que no tienes humor de reír hoy; entonces me marchó, y mira qué bueno soy; te dejó la última botella.

Y en seguida de haberle hecho esta amable concesión, recogió todos los trastos con los restos del almuerzo, y se largó como habia venido, silenciosamente.

Chinela volvió á quedarse solo nuevamente con sus ideas, cada vez mas tristes.

La visita de M. José — puesto que era M. José como le llamaban — á la embajada de Nápoles, no le presagiaba nada bueno.

Le daba cierto olor de presidio que le desagradaba en gran manera.

Ahora se mordía los dedos de rabia por haberse dejado llevar de sus ideas ambiciosas, y de buena gana hubiese dicho todo en aquel momento sin mas condicion que la de que le dejaran libre en la calle para irse á donde quisiera, como lo hacia ayer todavía.

Se paseaba á lo largo del cuarto como un oso en la jaula, y de vez en cuando se aproximaba á la ventana y calculaba su altura.

Solamente, que la evasion durante el dia era imposible efectuarla por aquella parte, no habiendo la costumbre en la calle Vivienne de salir á la calle por las ventanas.

En fin, en desesperacion de causa, se fué á llamar á la puerta.

La voz de Luis le respondió:

— ¿Qué te se ofrece, amigo?

— Quisiera hablar á M. José, le contestó tímidamente Chinela.

— M. José no ha vuelto todavía, tan pronto como venga yo te lo enviaré.

Y Chinela volvió á continuar su paseo de fiera enjaulada.

Eran cerca de las cinco de la tarde, y empezaba á anocheecer; las nieblas de Paris hacían el tiempo mas sombrío.

Un farol alumbraba melancólicamente en el patio, y de las ventanas de los cuartos se destacaban cuadros de luz sobre el pavimento del patio.

Segun iba oscureciéndose el cuarto, los pensamientos de Chinela se iban haciendo mas tristes.

Ya no era en el presidio en lo que él pensaba, sino en la horea.

¡Y M. José no volvia!

Chinela deseaba ahora tener la conversacion con la mayor ansia, así como antes habia hecho lo posible por retardarla.

Espiaba con la mayor atencion los menores ruidos de afuera de la casa, esperando oír volver la llave de la cerradura y ver abrirse la puerta.

La llave se volvió y la puerta se abrió, pero no fué M. José quien entró.

Era Luis que traía la cena, con el mismo aparato que había traído el almuerzo.

Encendió dos bugías, corrió las pesadas cortinas de las ventanas y preparó la mesa con elegancia. Pero Chinela no tenía apéto, y rechazó desdenosamente con la mano el vaso de vino que Jacquemin le ofrecía.

Chinela se hallaba vencido. ¿Chinela rehusar el beber?

— Y ¿M. José? preguntó con voz medio ahogada.

— M. José, respondió Luis con la boca llena, hace lo que yo, está comiendo, así como la señora. Tenía el aire muy contento al volver de la embajada; yo creo que tu negocio marcha.

Esta noticia tan benévola hizo estremecerse á Chinela, que no pudo menos de llevar instintivamente su mano al pescuezo, por un movimiento involuntario.

Jacquemin recogió los platos, los cubiertos y los frascos vacíos, lo puso todo en la cesta y se preparaba á marcharse.

— Te ruego, le dijo Chinela con voz suplicante, que me envíes pronto á M. José.

Una voz vibrante y fresca se oyó al lado de la puerta, que decía:

— Aquí está, maese Chinela, ¿qué teneis que decirle?

Y José entró trayendo en la mano un gran pliego cubierto de sellos, entre los que Chinela, desde la primera mirada que dirigió á aquel papel, distinguió el del escudo de armas de Nápoles.

— Os pido mil perdones, continuó José con refinada urbanidad, por no haber podido acompañaros durante el día; pero os juro que no por eso he dejado de ocuparme de vos un solo instante. Habeis rehusado el darnos el mas pequeño informe, en lo que habeis hecho muy mal; pues bien, yo seré mas generoso que vos, dándoos noticias acerca de dos personas que habeis conocido mucho: la Monna Feretti, vuestra querida, y Thomaso Paz, vuestro amigo.

Chinela esperaba el golpe, y así no se menéó; solo se puso un poco mas pálido.

— Es claro, dijo, que teneis mi vida en vuestras manos.

Por toda respuesta José no hizo mas que inclinar la cabeza en señal de asentimiento, y luego añadió:

— Aquí está la demanda del cónsul de Nápoles pidiendo vuestra extradición, y la orden firmada por el ministro de Gracia y Justicia. Tengo la facultad ó de hacer uso de estos documentos, ó de arrojarlos al fuego.

— Entonces, dijo resueltamente Chinela, los arrojareis á la lumbre, porque teneis necesidad de mí.

José le miró con admiración, de arriba abajo.

— Sea enhorabuena, dijo, eso es hablar como se debe. Creo que al fin llegaremos á entendernos.

— El nombre que me preguntais, continuó Chinela, yo no lo sé, y si he fingido el saberlo es porque queria hacerlos cantar. Pero parece que soy yo el que *estoy en voz*, tanto peor para mí. Solamente, si vos teneis por vuestra parte algunos indicios, no teneis mas que procurarme el ver á ese hombre, aun en medio de una multitud, y os juro que lo

reconoceré: no tengo interés en engañaros, puesto que vos podeis perderme con una sola palabra.

— Teneis razon, dijo José; entonces, maese Chinela, empezad por decirnos de qué manera habeis conocido á la Pipione.

Y volviéndose hácia la puerta, gritó:

— Podeis entrar, Elena, que el hombre está tan suave como un guante.

El reló de la chimenea señalaba las nueve de la noche.

XXVII

LA APARICION.

El reló puesto en la chimenea del baron Matifay señalaba las nueve.

El banquero y el doctor Ozam se hallaban sentados delante de una mesa ricamente servida.

No había criados.

El doctor los había despedido, no sin gran sentimiento de Larose.

Gracias á los vinos generosos con que el médico llenaba las copas bien á menudo, el baron se hallaba algo alegre.

Solamente, cierto estremecimiento brusco que le hacia contraer su fisonomía de tiempo en tiempo, indicaba el pensamiento horrible que atravesaba por su imaginación, y entonces dirigía sus miradas al reló.

El médico lo advirtió, y alzando el globo de cristal que lo cubría, hizo parar la péndola.

Después volvió á sentarse á la mesa y á continuar la conversacion interrumpida.

El doctor era un hombre de mundo, como se dice, y sobre todo de grande ingenio, á pesar de ser un sábio.

Nada le era desconocido, y su interesante conversacion sobre cualquier materia iba y venia en una hora, con una facilidad maravillosa, del uno al otro polo de la ciencia.

Aquella noche M. Ozam se mostraba mas brillante que nunca, á pesar de no tener mas que un solo oyente, y un oyente que no le era simpático.

Pero trataba de hacerle olvidar la hora fatal.

Así, conforme se iba acercando esta hora, su verbosidad se hacia mas alegre y expansiva, y Matifay que, al principio no había hecho mas que aprobar con una pálida sonrisa las ingeniosas bromas del doctor, concluyó al fin por divertirse y tomar parte en ellas.

La comida, alargada expresamente, llegaba ya á su fin, y estaban despachando ya la tercera botella de Champaña. El doctor había fingido beber mucho, pero precaviéndose á sí mismo, había incitado á su enfermo á menudear las copas, pues contaba disipar sus temores de la aparición por medio de un achispamiento.

Ignoraba el abuso terrible que había hecho el baron de este medio en los últimos días anteriores.

La monomanía es una enfermedad muy extraña, y Walter Scott, en el libro á que hemos hecho alusion antes, la *Demonología*, cita muchos casos curiosos de aquella enfermedad.

Entre otros, el de un juez de Yorkshire, cuyo nombre no recordamos en este momento, en que no tenemos á la mano el libro para consultarlo.

Este juez había condenado á cierto malhechor acusado de brujería, y en seguida dicho juez había sido amenazado por el reputado hechicero.

Amenaza bien vana, puesto que, poco tiempo después, el pobre diablo fué buenamente ahogado, y el juez no volvió á pensar mas en él.

Pero, ¿qué fué lo que pasó en el cerebro del juez? y aquella amenaza que le había impresionado tan poco en un principio, ¿cómo se transformó en un hecho real? Hé ahí uno de los misterios que la medicina no ha llegado todavía á resolver.

Lo cierto es que al cabo de un año, día por día, de la ejecución del criminal, el juez vió entrar en su cuarto un gran gato negro que se instaló en él, sin querer salir nunca de allí.

Desde aquel momento, el animal horrible no se separó ni un instante del juez, siguiéndole por todas partes, así en la calle como en el tribunal, y en sus visitas.

Mientras el juez comía, el gato se frotaba contra sus piernas y lo acariciaba, y por la noche se acostaba sobre el plumazon á los piés de su cama.

En vano fué que el juez, mas animoso que Matifay, trató de asegurarse de la ilusion ó realidad de que era víctima: nunca pudo lograr tocar al gato, pues el animal evitaba el contacto de su mano dando un brinco tan pronto como aquella se le acercaba.

Habiendo consultado á los médicos mas afamados, estos le demostraron con razones y con pruebas materiales y precisas, la naturaleza puramente imaginaria de su mal, y aun él mismo estaba convencido de ello; pero no importaba, la pesadilla no desaparecía por eso, sino que cada día se hacia sentir mas y se hacia mas odiosa é insoportable, habiendo llegado las cosas á tal extremo, que el juez vino á morir de terror con aquel abominable compañero á su lado.

Pues ¿cuántos mas motivos de terror tenia Matifay que aquel pobre juez, atormentado solamente por un recuerdo, mientras que él lo estaba por los remordimientos!

¿Con cuánta mayor precision no debía representarsele ante sus ojos espantados la imagen vengadora!

Una palabra, una sola palabra dicha por casualidad, había bastado tal vez para hacer nacer la locura en el espíritu del juez; ¿pues con cuánta mayor facilidad no habría podido hacer nacer la aparición real que había tenido Matifay á la puerta del cuarto nupcial!

Las horas iban pasando, y el banquero se reía de todo corazón.

El buen humor de su compañero de mesa influa sobre

él, y el doctor esperaba ya que bastaría su sola presencia para hacer desaparecer la vision.

Con una sola interrupcion que hubiese del fenómeno de que era víctima su enfermo, bastaba para esperar que seria la curacion posible.

Desde el momento en que la experiencia le hubiese demostrado que todo no era mas que una ilusion, dejaria de temer al fantasma y aun hasta de verlo.

De repente el baron se estremeció, se puso lívido, y presutando el oído exclamó:

— ¿Oís, doctor?

M. Ozam escuchó con toda su atencion.

— No oigo nada, dijo.

Los ojos de Matifay estaban como clavados en la puerta de aquel corredor que tenia comunicacion con el cuarto de Cipriana, y por su frente y mejillas corrían gruesas gotas de sudor.

— Ya se acerca, dijo, ¡ya la voy á ver! mirad cómo se entreabre la puerta.

El doctor abrió sus ojos cuanto pudo, pero no vió que la puerta se abriese.

Se levantó y se fué hácia la puerta para tranquilizar á Matifay.

— Hé ahí, hé ahí que se ha abierto la puerta, exclamó este extendiendo los brazos hácia adelante como para rechazar la vision. ¡Ahí está! ¿no la veis, doctor?

— ¿En donde? preguntó el médico.

— A vuestra izquierda.

El doctor se volvió hácia aquel lado.

— Ahora está á la derecha.

— En verdad, dijo M. Ozam, que yo no veo nada absolutamente; y extendiendo los brazos, los agitó en el aire cortando el vacío con sus manos para que Matifay se asegurase completamente que no había nada en el espacio.

Hizo aun mas: agarró de la mano al baron, y lo obligó á hacer él mismo la experiencia.

Matifay se prestó á ello con visible repugnancia, pero no dejó por eso de ver el fantasma.

Decía que al quererlo coger se escapaba con una agilidad diabólica.

En fin, nadando en sudor, el desgraciado se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con las manos.

Pero por entre sus manos veía adelantarse hácia él la espantosa forma, alzar su velo lentamente y mirarlo con ojos aterradores.

Después se le figuró que se alejaba lentamente, como de ordinario, haciéndose cada vez mas vaga y vaporosa, semejante á la niebla matutina que poco á poco van disipando los rayos del sol.

Y á medida que el fantasma se alejaba, Matifay se serenaba, respiraba mas libremente, y enjugando con su pañuelo la frente, trataba de sonreirse.

Aquella escena apenas había durado dos minutos, que habían sido dos siglos para él.

El doctor sacó su reló, y señalaba exactamente las doce en punto.